

IDENTIDAD Y TAREA DEL FORMADOR HOY: DEL DESCONCIERTO AL COMPROMISO

ANTONIO JIMÉNEZ ORTIZ

En el ambiente de la formación al sacerdocio y a la vida religiosa reina hoy una cierta serenidad. Pero hay que reconocer que esta serenidad puede ser más aparente que real, ya que no resulta difícil comprobar entre los formadores una cierta perplejidad y frustración. Las ideas parecen estar claras, las metas definidas, pues nuestros documentos orientadores están bien elaborados. Y, sin embargo, tenemos la sensación de quedarnos a medio camino, sobre todo cuando vemos que los abandonos de sacerdotes y religiosos jóvenes continúan. Posiblemente los formadores¹, que son conscientes más que nunca de sus límites, estén desconcertados frente al perfil humano y religioso de los jóvenes en formación. Quizá hemos olvidado que nuestros jóvenes son y tienen que ser hijos de su tiempo, con sus más y con sus menos. Y ahí es posible que resida la causa de nuestro desconcierto. Por eso, si queremos reflexionar sobre la formación, no está fuera de lugar recordar los rasgos más decisivos de los jóvenes de hoy.

Un breve perfil de los jóvenes de hoy

Actualmente ya no podemos hablar de *la juventud* como de un grupo homogéneo, cuya única determinación fuera la edad. Lo que tenemos delante son grupos muy heterogéneos de jóvenes. Es más adecuado hablar de *generación*, que implica ciertos elementos comunes de carácter socio-cultural y una cierta experiencia vital compartida en un determinado momento histórico. Hoy

¹ Estando ya este artículo redactado, ha sido publicada la encuesta FORE'97, en la que los formadores y formadoras trazan el perfil de sus jóvenes religiosos, en el número monográfico de CONFER 36 (1997) 485-734.

ser joven es más que un tránsito entre la infancia y la vida adulta. Es una etapa con entidad propia, que puede tener una larga duración temporal.

En la actual generación de juvenil se han ido depositando, como si de un delta fluvial se tratara, de forma irregular, pero no caótica, experiencias, valores y contravalores, expectativas y frustraciones de las generaciones juveniles anteriores, sobre todo, de las décadas de los 70 y de los 80, que, en su conjunto, han creado un paisaje característico. Se puede hablar de tipos de jóvenes, elaborando estadísticamente semejanzas y contrastes. Pero pensamos que también es posible describir ciertos rasgos más o menos comunes, que sobresalen sobre otros, y que nos pueden ayudar a discernir cierto perfil en la generación juvenil de los años 90. Hablamos con prudencia de cierto perfil generacional: hay bastante confusión, frecuentes datos aparentemente contradictorios, que, a primera vista, no parecen converger en una determinada dirección. Los jóvenes actualmente están también radicados en la densa complejidad de la cultura occidental, que nos impide realizar su retrato robot. Pero sí podemos hablar justificadamente de trazos que nos ofrecen una imagen claramente perceptible².

De acuerdo con las encuestas y los estudios realizados en los últimos años³, los chicos de hoy son sorprendentemente realistas. Esta actitud de realismo frente a su propia situación y ante la sociedad, en la que viven, los conduce, en su vertiente positiva, hacia una valoración de lo personal y concreto frente a lo institucional y abstracto. Por otro lado, gran parte de ellos han renunciado a la utopía de transformar el mundo. Ese escepticismo se concreta en un reformismo muy sensato y posibilista. Prestan escasa atención a los programas políticos que abogan por soluciones revolucionarias para los problemas sociales. Canalizan sus energías reivindicativas hacia objetivos personales o del pequeño grupo.

Aceptan sinceramente el pluralismo social. Son sensibles a la legitimidad y riqueza de las diversas culturas. No se escandalizan ante las diferentes escalas de valores y aceptan con naturalidad las discrepancias. Se ven a sí mismos más libres y más tolerantes. El papel de la amistad ha crecido en los últimos años en el ámbito juvenil. La familia va perdiendo su protagonismo en el proceso de socialización de adolescentes y jóvenes: los patrones a seguir en la vida no son ya los difundidos por la familia. Parece que ellos se socializan entre sí. Los modelos serán cada vez más los propios jóvenes, en una sociedad más compleja

² Cf. A. JIMÉNEZ ORTIZ, *La comunicación de la fe y el perfil humano de los jóvenes de los años 90*: Proyección 43 (1996) 136-137.

³ Tomamos esta síntesis sobre el perfil humano y religioso de los jóvenes de hoy de nuestro artículo *¿Cómo anunciar la experiencia cristiana a los jóvenes de hoy?*: Proyección 44 (1997) 51-54.

y desconcertada. El papel de los amigos y la ritualización de la imitación se convierten poco a poco en las claves de la nueva socialización juvenil.

Los jóvenes españoles tienen un gran sentido lúdico y festivo. Para ellos el tiempo cronológico se ha fracturado totalmente: el tiempo de trabajo o estudio, totalmente normativizado, rutinario y dependiente frente al tiempo de la fiesta, que es vivido como un tiempo libre de toda coacción y norma. Se comprueba la tendencia a reducir las aspiraciones económicas para poder disponer de tiempo libre del que poder disfrutar. Por otro lado, en los últimos años se ha detectado un aumento sensible en la disposición a la solidaridad, que se concreta en el compromiso, numéricamente minoritario (sobre un 12%), pero significativo, con los nuevos movimientos sociales.

Los jóvenes de hoy padecen con cierta frecuencia una gran falta de identidad personal y una aguda fragmentación interna que les genera inseguridad psicológica y una baja autoestima, que son alimentadas también por la incertidumbre social y laboral, pues el paro es para ellos el mayor de los problemas sociales. Así se explica su búsqueda incesante de espacios de seguridad y de apoyos emocionales.

El interés por la política ha descendido de forma espectacular en los últimos años. Los temas políticos no forman parte de sus conversaciones habituales ni su actitud hacia las formas institucionalizadas de participación política es muy favorable. Lo decisivo es vivir aquí y ahora. El futuro es vivenciado como una auténtica amenaza. En su lenguaje cotidiano se pueden rastrear la perplejidad, la inseguridad y la preocupación que provoca ese futuro incierto y complejo: «no sé», «ya veremos», «depende»...

La dolorosa discrepancia entre el deseo de independencia y los límites reales de la misma ha sido una de las razones más poderosas por las que esta generación juvenil ha instituido y casi sacralizado su radicación casi exclusiva en el presente. El deseo de vivir al día ha sustituido la planificación del proyecto a largo plazo. Tienen una actitud relativista y viven en una gran provisionalidad existencial. Esto crea en ellos un acusado pragmatismo, orientado constantemente hacia lo útil en cada instante, atentos siempre a acomodarse a las necesidades del momento. Su comportamiento parece orientado hacia el consumismo hedonista. Adolecen de poca capacidad para soportar el sufrimiento y la renuncia. Su escasa consistencia psicológica los hace enormemente vulnerables. La búsqueda de la gratificación inmediata condiciona la solidez de todo compromiso: sólo se mantiene si resulta agradable para el sujeto. No es aceptable una opción que se deba mantener con el esfuerzo ascético.

En el aspecto religioso podemos afirmar que la gran mayoría son sensibles a lo trascendente, creen en Dios, en el Dios de la fe cristiana (en un 70%), a quien rezan, sobre todo de forma individual en momentos especialmente significativos para ellos; mientras desciende paulatinamente la práctica religiosa

institucionalizada. No se puede hablar, por tanto, de irreligiosidad, pero sí de graves deficiencias en la coherencia interna de sus contenidos doctrinales y en su vinculación eclesial. Sería un milagro que presentaran una coherencia doctrinal, que hoy parece estar incluso ausente en el universo católico practicante, por el escaso peso de la Iglesia católica como factor de socialización, por las dificultades y carencias de las clases de religión y grupos de catequesis.

Y esta apreciación nos enfrenta con un problema que consideramos acuciante: los contenidos de la fe. Nos encontramos ante una religiosidad juvenil cada vez más desvinculada de un código dogmático normativo y conectada a razones de tipo vital y de tradición cultural. Es patente la fragilidad de la socialización religiosa, en particular cuando se trata de contenidos, de los aspectos intelectuales de la transmisión de la fe. Sin embargo, esto no ha llevado, hasta ahora, a los jóvenes españoles a echarse en los brazos de las sectas. Solamente para un 6% las sectas corresponden a «formas religiosas válidas».

Las incoherencias con la doctrina establecida responden también, al parecer, al hecho de que no encuentran en la transmisión de esas creencias una traducción para su vida cotidiana. Se detecta en las encuestas que las creencias religiosas no parecen tener un traslado real a su vida: hay poca relación entre los dogmas asumidos intelectualmente y los temas centrales de su existencia.

Se da un divorcio entre las demandas más o menos explícitas de los jóvenes a la Iglesia y la oferta que hace ésta. Parece ser que ellos plantean esencialmente demandas de sentido, buscan respuestas a sus necesidades cotidianas, mientras que perciben que la Iglesia responde imponiendo normas cuyo cumplimiento, en más de un caso, no entra en su universo de lo culturalmente plausible. En la configuración de su experiencia religiosa prescinden, en un gran número, o están al margen de las iniciativas e intervenciones educativas de la Iglesia. Esta ha visto disminuir aceleradamente su papel como instancia orientadora.

Los jóvenes en formación: elementos positivos y datos conflictivos para la formación

En el escenario de su generación juvenil, el chico o la chica que opta al sacerdocio o a la vida religiosa se encuentra con unas limitaciones concretas y con unas posibilidades reales. ¿Cuáles son los elementos positivos que, en mi opinión, facilitan el trabajo formativo? Los enumero sintéticamente: son acogedores y espontáneos, normalmente sinceros y honestos, generosos y dispuestos a compartir sus cosas y su tiempo, disponibles a la participación en el grupo o en la comunidad, sensibles a lo espiritual y simbólico, tienen un marcado sentido de la autonomía, actitud de flexibilidad y capacidad de adaptación, en general son tolerantes, con sentido del humor y actitud lúdica, quieren ser felices, son más comunicativos y dialogantes, más liberados de

prejuicios, más capacitados para las relaciones personales que nosotros, los adultos.

¿Y cuáles son los problemas? Voy a intentar detenerme un poco en ellos para poder sugerir después ciertas tareas necesarias hoy en el trabajo formativo. El primer problema que veo para la formación es *la falta de una identidad personal suficientemente estructurada*. Parece ser que gran parte de ellos carecen de un núcleo sólido que articule su personalidad. Esto puede explicar su fragilidad y falta de consistencia psicológica, la baja autoestima, que con frecuencia observamos, y la falta de confianza en sí mismos. Se sienten muy necesitados de afecto y de apoyo personal. El segundo problema es un *cierto narcisismo psicológico y espiritual*. Creo que este narcisismo está basado en un individualismo, que ha situado en el centro de la opción vocacional las propias necesidades, e incluso conflictos internos, sobre todo de carácter afectivo. Este narcisismo tiene una de sus expresiones más claras en el afán de protagonismo, sobre todo en el ámbito pastoral. La oración corre el peligro de ser evaluada desde la experiencia de gratificación emocional: deja de ser encuentro en la fe con el Misterio de Dios, para convertirse en una vivencia psicológica de encuentro consigo mismo. Ese narcisismo puede bloquear la capacidad de autocrítica y dificulta en gran medida la corrección fraterna, porque crea inmediatamente inseguridad personal.

El tercer punto conflictivo es el *escaso sentido de fidelidad*. Los jóvenes tienen hoy serias dificultades para asumir decisiones y compromisos para siempre. El pragmatismo les hace relativizar la fidelidad: si quieren ser felices, si lo decisivo es el presente, si se busca la gratificación inmediata, si hay dificultad para vivir la soledad y soportar las renunciaciones, si además tienen falta de confianza en sí mismos... entonces resulta difícil plantear un proyecto de cara al futuro que comprometa a toda la persona de forma definitiva. Otro problema consiste en *una significativa pérdida del sentido del deber*. El subjetivismo que impregna sus vidas va acompañado de un apacible hedonismo. La tendencia es a «pasarle bien». Hay dificultad en establecer una jerarquía de compromisos en la vida cotidiana. Se relativiza el deber, ya que con frecuencia sólo se da adhesión verbal a ciertos valores, y no interiorización de los mismos.

Y por último *la debilidad de la opción creyente*. Su parece ser poco consistente. De ordinario no son las razones las que sustentan su opción, sino las emociones. Su religiosidad tiene matices muy afectivos y emocionales. Tienen sensibilidad para lo estético y simbólico. En cuanto a los contenidos de la fe se suelen detectar contradicciones y lagunas graves, porque algo es valioso para ellos, si es útil, si se puede aplicar inmediatamente a los problemas de su vida diaria. Y si los dogmas no son utilizables inmediatamente en sus problemas existenciales, entonces se convierten inconscientemente en superfluos. Relativi-

zan con facilidad las normas y orientaciones de la Iglesia, y su sentido de pertenencia está claro, mientras se sientan a gusto.

¿Cómo responder a esta situación? ¿Cómo deben ser y actuar los llamados formadores? Vamos a presentarlo sucintamente.

Identidad y tarea del formador hoy

En primer lugar, unas breves consideraciones previas. Formar hoy es, sobre todo, acompañar paciente, perseverantemente, en el proceso de crecimiento y maduración de unos jóvenes que, sintiéndose insertos en la cultura de nuestro tiempo, quieren ser capaces de vivir con gozo y coherencia el Evangelio y de anunciarlo de forma inteligible y convincente. Si somos realistas, la formación es, por tanto, un proceso inacabado e inacabable.

Cada uno es el primer y principal responsable de su formación: dócil a las iniciativas del Espíritu debe asumir su propia responsabilidad en el seno de una comunidad. En el ámbito formativo debemos partir de la convicción de que todos somos, en distinta medida, formadores y formandos. El formador debe estar abierto a los estímulos formativos que vienen de los jóvenes en la formación inicial.

¿Cuáles son los elementos imprescindibles hoy en el formador? Como somos formadores para unos jóvenes en un contexto determinado y con unas necesidades precisas, no pueden faltar en nosotros ciertos elementos, si queremos ayudar a esos jóvenes concretos.

Si los problemas principales de los chicos en formación son la falta de identidad personal, su fragmentación interior y la ausencia de un núcleo personal que structure su persona, el formador debe ser una persona que, a pesar de sus limitaciones y dificultades, viva internamente estructurado desde un núcleo personal sólido, sin graves deficiencias en su personalidad.

1. Elementos imprescindibles hoy en su identidad

Aceptación sincera de sí mismo: sólo a partir de la aceptación sincera de los propios límites son posibles una libertad madura y un realismo esperanzado. El formador ha de aceptar su propia pobreza y al mismo tiempo poseer confianza en sí mismo. Y esto generará en él seguridad personal, autenticidad humana y sencillez. Si se acepta realmente, no vivirá preocupado por la imagen y, por tanto, se sentirá libre ante ciertos chantajes afectivos. Es capaz de soportar sin demasiada ansiedad el fracaso y de vivir el éxito con serenidad. La aceptación sincera de sí mismo es necesaria para saber comprender a otros, para saber aceptar a los jóvenes y para poder discernir sobre sus vidas. Eso no sería posible sin una adecuada autoestima.

Madurez afectiva: esto debe implicar en el formador una integración positiva de su sexualidad, de sus deseos y de sus frustraciones, una capacidad auténtica de amar y de ser amado, sabiendo vivir con equilibrio el binomio libertad-compromiso. No puede ser un individuo dependiente afectivamente de otros, ni crear dependencias. No debe instrumentalizar afectivamente a nadie y menos a los que acompaña. Lo contrario sería realmente perturbador para el crecimiento de sus personalidades frágiles. El formador debe saber vivir la soledad, integrándola serenamente en su vida. De las experiencias positivas y negativas sabe aprender el tacto y la prudencia necesarias para la relación fecunda con los demás.

Clara opción de fe: en mi opinión ésta es la clave de la estructuración interna de la persona. La experiencia de fe debe constituirse en el núcleo sólido de la personalidad del formador. Sólo si es profundo creyente, tendrá una actitud permanente de conversión y podrá ser coherente en su vida, a pesar de sus propias limitaciones, viviendo la oración no como una tarea, sino como la atmósfera imprescindible para respirar. Sólo si es profundo creyente sabrá leer la realidad desde la fe y poseerá la necesaria sabiduría para saber discernir sobre el presente y el futuro de las personas, que tiene encomendadas.

2. Elementos imprescindibles hoy en su tarea

Saber acompañar: Siempre ha sido necesario acompañar, pero hoy, en un mundo complejo y confuso, lo es más que nunca. Este «saber acompañar» supone aceptación incondicional del joven y actitud de escucha serena y solícita, capacidad de empatía, saber estar cerca respetando la libertad y despertando en el chico o en la chica el sentido de responsabilidad, saber discernir para ayudar al joven en la búsqueda de la voluntad de Dios en su vida.

Saber motivar: supone despertar el interés del joven para una formación integral, que fundamente una opción libre y definitiva por Jesucristo. Pero motivar implica también sostener y orientar ese interés de forma constante, en un ambiente hecho de cercanía, libertad y creatividad. Y las dos tareas inmediatas en ese esfuerzo de motivación han de ser: ayudar a purificar las motivaciones vocacionales y facilitar la interiorización convincente de los valores humanos y religiosos más decisivos.

Saber comunicar la experiencia de Dios: esta es la misión por excelencia del formador. Y no se puede olvidar que se comunica más por lo que se vive que por lo que se dice. En esa comunicación de la experiencia de Dios se debería lograr que el joven descubriera que el Dios de Jesucristo es el valor central y absoluto del formador, y que la vida tiene sentido desde su misericordia infinita. Así él a su vez podrá asumir como un valor definitivo el seguimiento de Jesús, bajo la guía del Espíritu, y logrará vivenciar la oración como el aire que se

respira, como el diálogo constante y, con frecuencia, silencioso con Alguien a quien se ama.

Puntos candentes para la formación

En primer lugar quisiera exponer las necesidades más perentorias de la formación planteando una serie de preguntas que sugieren los elementos positivos y negativos de los actuales jóvenes en formación:

¿Cómo crear una identidad sólida sin fomentar el individualismo y sin perder la sensibilidad y la compasión?

¿Cómo enseñar a pensar y a decidir sin renunciar al sentimiento y a la emoción?

¿Cómo vivir la fe desde la experiencia sin mutilar los contenidos doctrinales?

¿Cómo mantener en lo efímero y relativo de la vida y de la sociedad la fidelidad vocacional para siempre?

¿Cómo formar en el sentido del deber sin caer en el voluntarismo?

¿Cómo educar al sentido de pertenencia en una sociedad de vinculaciones frágiles y fugaces?

¿Cómo integrar las experiencias del propio cuerpo, de la sexualidad, del placer sin caer en el hedonismo narcisista?

¿Cómo educar en la comunión sin instrumentalizar la misión?

¿Cómo formar en la tolerancia y en el diálogo sin renunciar a las convicciones personales?

¿Cómo vivir lo lúdico y festivo sin renunciar al compromiso?

¿Cómo caminar hacia la mística sin decirle adiós a la ascética?

Teniendo de fondo estas preguntas y no pretendiendo contestar explícitamente a todas ellas, paso a presentar los puntos más urgentes de la formación actualmente.

1. Vertebrar la identidad psicológica

¿Qué pretendemos lograr cuando hablamos de vertebrar la identidad psicológica del muchacho? Lo que queremos es que el joven sea apoyado en la creación de un «yo» sólido, que sustituya al «yo» frágil, vulnerable, acomodaticio. Lo que pretendemos es ayudar al joven a conseguir confianza en sí mismo, seguridad personal, apertura a los demás, capacidad de decisión, flexibilidad y firmeza.

Aceptación de sí mismo y de la propia historia: muchos de los jóvenes sufren una considerable fragilidad e inseguridad personales, tienen graves heridas psicológicas por conflictos familiares, por carencias afectivas, por falta de autoestima. Pienso que debemos ayudarles a leer su pasado con serenidad y

a integrarlo con paz, a reconciliarse consigo mismos, y a expresar su interioridad con libertad, evitando posibles bloqueos. Desde el acompañamiento personal debemos orientarlos para que tomen conciencia de su persona y de sus posibles conflictos, con un constante y paciente diálogo personal que les lleve a reconocer sus carencias y dificultades con el empeño de integrarlas y superarlas en un proceso dinámico de maduración.

Debemos acompañarles en la aceptación y valoración de su propia historia, como algo único y original desde la infinita misericordia de Dios: con esta visión religiosa es posible contemplarlo todo como el plan de salvación de Dios en su misteriosa providencia sobre la propia vida.

Pero para que el muchacho conozca y cure sus heridas, se debe lograr un ambiente comunitario en el que sea posible el reconocimiento positivo de las personas, en el que se valoren los cambios y los éxitos logrados en el difícil camino hacia la madurez. Y por otro lado, es decisivo experimentar el amor incondicional de Dios, que nos acepta tal como somos y que siempre ha estado presente en nuestra vida, en sus conflictos y oscuridades.

El chico que va consiguiendo esa aceptación de sí mismo, se siente más valioso como persona, confía más en sus posibilidades, en sus ideas e iniciativas, aumenta su autoestima y creatividad, disminuye su inseguridad y se abre a los demás con más libertad y es menos proclive a crear dependencias.

Suficiente madurez afectiva: en bastantes jóvenes en formación percibimos una búsqueda ansiosa de comprensión y afecto, cierta indefinición psicosexual, una tendencia fuerte a depender afectivamente, una gran incapacidad para soportar la soledad, una falta de autocontrol emotivo con grandes altibajos... Deberíamos ayudarles a conseguir una progresiva integración de su realidad psicosexual y una normal autonomía afectiva. Y para esto han de tomar conciencia de sus conflictos, han de aceptarlos y procurar integrarlos maduramente en su personalidad, de modo que no sean un obstáculo para su proyecto de vida. En este ámbito complejo de la afectividad el formador quizá sólo sea capaz de detectar el conflicto. Y ha de acudir a un experto para que ayude al muchacho.

Es razonable pensar que un formador, que quiera realizar su tarea en este punto, no debe tener graves conflictos afectivos. Si no fuera así, podría bloquear el proceso de maduración del joven y perturbar gravemente su crecimiento. Por eso el formador debe tener un conocimiento suficiente de su persona, de sus conflictos internos, por coherencia, por fidelidad a su misión, por su tarea educativa.

Capacidad de elaborar adecuadamente las frustraciones: si nuestros jóvenes han crecido desde su infancia con el hábito de la gratificación inmediata, es muy posible que les falte consistencia psicológica, fuerza de voluntad, constancia ante las dificultades, capacidad de sacrificio. Habría que educarlos en el valor

de la renuncia, que es imprescindible en cualquier persona que quiera crecer, madurar, amar, entregarse. Y esa capacidad de renuncia es necesaria si queremos vivir con una determinada escala de valores, que supondrá siempre asumir sacrificios y soportar frustraciones. Para esto hay que saber educar la voluntad. La falta de voluntad es uno de los graves problemas de la actual generación de jóvenes. Pero debemos tener cuidado en no empujarlos hacia el voluntarismo, que logra efectos visibles inmediatos, pero que no produce cambios profundos en la persona. El voluntarismo empuja a la complacencia forzada, mutila la libertad personal, inhibe la creatividad del individuo.

2. La experiencia de Dios como experiencia fundante

El gran problema de bastantes jóvenes es la falta de un núcleo que sea el cimiento sólido para una opción definitiva. No es posible una identidad personal auténtica sin una experiencia fundante que la estructure, una experiencia global, totalizante, en nuestro caso, de carácter religioso. ¿Qué es una experiencia fundante? Es la experiencia personal de un valor de tal consistencia, que, hecho convicción profunda, posibilita una nueva visión de la realidad, un nuevo modo de pensar, sentir y vivir que estructura la existencia en la vida cotidiana. ¿Cuáles serían los efectos de la experiencia de Dios como experiencia fundante?

La experiencia de Dios como experiencia fundante me lleva a releer el mundo y el ser humano, mi historia y mi proyecto desde el misterio luminoso del amor y de la ternura infinita de Dios. Esa experiencia me empuja hacia una reconciliación conmigo mismo y con los demás, con mi pasado y con mis errores. Y me hace asumir una actitud de búsqueda continua de su voluntad que me estructura el deseo: la experiencia de Dios, vivida a esa profundidad, articula y orienta los dinamismos afectivos de la persona, que convergiendo hacia el seguimiento coherente de Jesús alcanzan la consistencia necesaria para la opción vocacional.

3. Una sólida formación intelectual

Los jóvenes religiosos no muestran hoy generalmente una gran inclinación por los estudios prolongados y complejos. Se percibe una desconfianza frente a lo teórico. Lo académico es desplazado como algo opuesto a lo vital y experiencial. En un ambiente donde se exalta la espontaneidad, lo intelectual es rechazado como algo artificial y alejado de la realidad cotidiana, del presente, tan intensamente vivido por los jóvenes de hoy.

Razones para una sólida formación intelectual: ésta es necesaria para evitar la fragmentación interior. Necesitan no sólo un «esqueleto psicológico», sino también un «esqueleto lógico» de convicciones firmemente asumidas. Y eso es fruto de un estudio serio. Por otro lado la formación intelectual es necesaria

para dar razón de nuestra fe en un mundo altamente complejo, lleno de interrogantes y de confusión. Si queremos ser testigos convincentes del evangelio, hay que descubrir que el estudio no es una simple obligación impuesta, sino una exigencia de nuestra fe. Y además la formación intelectual ayuda a cimentar la vida espiritual, porque el estudio ofrece contenidos, experiencias, símbolos que son necesarios.

Metas de la formación intelectual: el estudio debe asegurar una formación sólida, sistemática, integradora e inculturada. Por tanto es necesario un adecuado análisis de la realidad sociopolítica, económica y cultural que nos rodea. La formación intelectual debe ser un apoyo constante a la formación humana, espiritual y pastoral, y, por tanto, los profesores al enseñar no deben olvidar la realidad concreta de los jóvenes que tienen delante, han de atender a sus dinamismos interiores, estar pendientes de sus dificultades y de sus crisis. En el estudio de la teología debe darse una confrontación continua con la propia experiencia de fe y con la experiencia humana y religiosa del mundo en que vivimos. Y hay que formar intelectualmente al joven para que siga formándose. La formación permanente es ya una tarea ineludible y para siempre.

4. La pastoral, un compromiso que no debe ser instrumentalizado

La formación pastoral es algo imprescindible en los diversos niveles de la formación. Pero se trata de algo más que de simples prácticas pastorales: debe ser un itinerario de compromisos pastorales, sostenido por un constante acompañamiento personal y con una sistemática reflexión y evaluación en todo el proceso. Por eso conviene recordar que las experiencias pastorales no son tanto para «producir», cuanto para seguir formándose. Y esto debe estar claro para el formador y para el responsable en el lugar en el que trabaja el joven. La actividad pastoral debe estar cuidadosamente integrada en el plan de formación y estrechamente vinculada a los estudios. Debe ser una experiencia cuantitativa y cualitativamente gradual.

Algunos falsos planteamientos

El pragmatismo pastoral: los chicos van asimilando falsamente que lo que se denomina pastoral es sólo un conjunto de prácticas, sostenidas por la programación y la eficacia. El criterio de valoración es el éxito de tipo organizativo, social o material.

La ansiedad pastoral: las actividades pastorales se buscan con afán, porque en el fondo son la respuesta a ciertas necesidades individuales, como el deseo de protagonismo, el sentirse útiles, el huir de la comunidad formativa o del estudio.

La inflación pastoral: en el joven el compromiso pastoral tiene un eco subjetivo desmesurado. Imágenes, sueños, nostalgias... invaden el tiempo de estudio y de oración, la vida interior del individuo. La semana tiene su centro de gravedad psicológico en el fin de semana, en el tiempo de actividad pastoral.

Camuflaje pastoral: a nivel intelectual se quiere entender el compromiso pastoral como misión recibida para el bien de los demás, pero en el fondo la pastoral se plantea, con frecuencia inconscientemente y con buena voluntad, como campo libre para la autorealización personal, sobre todo a nivel afectivo. La búsqueda de gratificaciones afectivas condicionan el sentido último del compromiso pastoral.

Concluyendo: la actividad pastoral forma si es periódicamente reflexionada y evaluada críticamente en la comunidad. La pastoral ha de vivirse como expresión del propio compromiso vocacional, como consecuencia ineludible del seguimiento de Jesús. Por lo tanto, la pastoral no debe ser instrumentalizada para intereses del individuo, aunque hay que ser conscientes de que en este caso también se da un proceso de maduración en el que hay que ser pacientes como formadores. Pero hay que ayudar al joven a ser lúcido sobre sus necesidades y tendencias, a saber discernir sobre las motivaciones reales que lo mueven, para poder actuar con limpieza y coherencia. Y por otro lado, los formadores deben escoger con cuidado para cada uno y en cada nivel de la formación el sitio adecuado y hablar con el responsable de esa obra para que sea consciente de su papel formativo.

La formación pastoral debe apoyar al joven en la adquisición y desarrollo de ciertos valores personales que son necesarios para el cumplimiento de su misión: constancia, responsabilidad, perseverancia, reciedumbre, capacidad de escucha y acogida, saber trabajar en equipo, ser capaz de asumir el conflicto y los fracasos en la actividad pastoral con serenidad...